Tomada razón

PRIMERA

CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR.

Licenciado D. José Mª Armas

TERCER OBISPO DE TULANCINGO

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

En el mismo día de su solemne consagración

VERIFICADA

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ZACATECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,

Calle del Coliseo Viejo núm. 24

1891

UANL
DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CCION GENERAL DE BIBLIOTE
BX874
.A7
P7
c.1
M. I. y V. Cabildo de León
826
28

1080027563

PRIMERA

CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR.

Licenciado D. José María Armas

TERCER OBISPO DE TULANCINGO

DIRIGE

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE SU DIÓCESIS

En el mismo día de su solemne consagración

VERIFICADA

EL 15 DE AGOSTO DEL PRESENTE AÑO

EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL DE ZACATECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Calle del Coliseo Viejo número 24.

1891

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

41028

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL LICENCIADO D. JOSÉ MARÍA ARMAS, POR LA MISERICORDIA DE DIOS NUESTRO SEÑOR Y GRACIA DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, TERCER OBISPO DE TULANCINGO:

A NUESTRO M. I. SR. ARCEDIANO Y V. CABILDO, AL VENERABLE CLERO SECULAR Y REGULAR Y A LOS FIELES TODOS DE LA DIOCESIS: SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

In verbo autem tuo laxabo rete.
LUC. V. v. 5º

Comprendemos perfectamente, venerables hermanos y amados hijos nuestros, que á todos vosotros, con más ó menos oportunidad, habrá llegado la noticia de nuestra preconización para Obispo de esa ya nuestra muy amada Diócesis; pero si todo lo sabéis, si grande ha sido vuestro deseo, si muchas vuestras oraciones porque llegara el término de la dilatada orfandad á que Dios Nuestro Señor se ha dignado sujetaros, cumple á nuestro deber, saludandoos por la primera vez en Nuestro Señor Jesucristo, como á nuestros muy amados y queridísimos hijos que formáis desde ahora la preciosa viña que el Pastor eterno, en sus misericordias, se digna entregarnos para su cultivo y especial cuidado; cumple á nues-

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

003825

tro deber, repetimos, comunicaros oficialmente por esta nuestra primera Carta, cómo es verdad que el Supremo Jerarca de la Iglesia, sin mérito de nuestra parte, se ha dignado fijar sus ojos en nuestra humilde persona, para que coadyuvemos con él, representante de la Iglesia Universal, en la parte que nos designa, declarándolo así en consistorio público celebrado el día 4 de Junio anterior.

Aun no lo olvidaréis, venerables hermanos y amados hijos nuestros. Desde aquel momento en que la mano del Señor se dignó tocaros arrancando de vuestro seno, en sus inexcrutables designios, á nuestro santo y sabio predecesor el Illmo. y Rmo. Sr. D. Agustín de J. Torres, que por algunos años, no sin graves dificultades, supo conduciros por el recto sendero que tiene por término la eterna felicidad; natural es creer, como lo indicamos al principio, que estuvierais ansiosos, y que en humildes y fervorosas plegarias os habréis dirigido constantemente al Señor de las misericordias y Dios de todo consuelo por la cesación de esa orfandad, no sin dirigir vuestras miradas al Vaticano, como esperando de un momento á otro que el Vicario en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, pronunciara sobre tan importante negocio su última palabra. Pasaban los momentos, los días y meses, creciendo vuestra ansiedad; pero al fin, sonó la hora deseada en la carrera del tiempo, y aquella triste situación ha dejado ya de ser.

Sí, venerables hermanos y amados hijos nuestros: ya no estáis huérfanos; y en lo que mira á este punto vuestros deseos quedan perfectamente satisfechos. Pero ¿seremos nosotros el elegido del Señor para llevar la paz á vuestros corazones y hacer que prospere y fructifique la preciosa viña que se nos encomienda? Temblamos sólo

al pensarlo, fijando seriamente la atención en la inmensa responsabilidad que Dios Nuestro Señor hace cargar sobre nuestros débiles hombros: temblamos, sí; *quoniam judicium durissimun his, qui praesunt, fiet.*—Sap. VI, 6º Temblamos; y esa carga que se nos impone nos humilla y nos abate hasta el polvo; carga que aumenta en su peso por la altísima cuanto inmerecida dignidad que nos confiere; pero si temblamos, si humildes confesamos esa nuestra insuficiencia, que bien conoce el Señor, no por eso desesperamos jamás de que puedan ser útiles, y aun fructuosas á vosotros, las tareas que vamos á emprender en nombre de Aquél que nos alienta y conforta; y en verdad que, desde el momento en que con certeza pudimos saber que éramos designados para tan importante cargo, nos pareció como escuchar la voz del Señor, y humildes, respetuosos y llenos de confianza, pudimos decirle como el joven Samuel: *Loquere Domine, quia audit servus tuus.*—Reg. I, cap. 3º v. 10.

Confiados y puestos humildemente en las manos de Dios Nuestro Señor que todo lo puede, no nos acusaréis de presuntuosos y temerarios si nos prometemos hacer algo en vuestro favor, como antes hemos dicho, pues si bien es cierto que dando una mirada sobre nuestro pasado, encontramos que en mejores años y cuando disfrutábamos, por la misericordia del Señor, de salud y energía para trabajar con fruto en la dilatada carrera de nuestro ministerio sacerdotal, poco ó nada hemos alcanzado en favor de las almas, y esto por nuestra propia indignidad; nos permitiréis que para robustecer aquella nuestra confianza, os llevemos como de la mano hasta las playas del Tiberiades, y contemplemos allí á los humildes pescadores de que nos habla el Evangelio, tris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tes, abatidos y casi desengañados de la inutilidad de sus fatigas: ellos, por toda una noche, tiraron sus redes en distintas direcciones sin alcanzar la pesca apetecida, y ya resueltos á abandonar tan ímproba tarea, se encuentran frente á frente con el Salvador del mundo á quien llamaban el Maestro, que, grande siempre en sus misericordias, y llegada que fué la hora de dar cumplimiento á la voluntad de su Eterno Padre, sentando la piedra fundamental en que debía descansar el grandioso edificio de la Iglesia, dirigió sus ojos llenos de dulzura y benignidad á aquel que era designado para regirla; toma posesión de su barquilla, é infundiéndole en el corazón cuanta confianza era necesaria, manda á su elegido tirar de nuevo la red, y ya inspirado por el espíritu de Dios, el humilde pescador dice al Señor: *Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cépimus: in verbo autem tuo laxabo rete.*—Luc. V, 5º Y la pesca, venerables hermanos y amados hijos nuestros, como lo sabéis, fué tan abundante y atrajo sobre los humildes pescadores una sorpresa tal, que no pudieron menos que estimar el resultado como efecto de una obra sobrenatural. *Nolite timere,* dijo Nuestro Señor Jesucristo al afligido Simón: nada temáis, que de aquí en adelante serás pescador de hombres. ¿Y quiénes eran Simón y Andrés, y quiénes los hijos del Zebedeo, que juntos todos se fatigaban inútilmente, y, sin embargo, pudieron ver realizada, para ellos, la obra grandiosa que procedía de las manos del Señor? Bien lo sabéis; eran humildes y sencillos pescadores á quienes abrumaba la gracia, y que por esto mismo se consideraron fuertes y resueltos para seguir á su Maestro, abandonándolo todo:—*Et... relictis omnibus secuti sunt eum.*—Luc. V.

Grandioso es en verdad el pasaje en que nos venimos ocupando; y comprendemos perfectamente que en él se explican los medios extraordinarios de que se valía el Salvador para dar principio á una obra que tenía que durar hasta la consumación de los siglos. No confundimos, ni presumimos creer que esas operaciones sobrenaturales hayan de efectuarse en nosotros al emprender nuestras humildes tareas; pero si el Señor en sus misericordias se ha dignado fijar, como queremos creerlo, en nuestra humilde persona, para encomendarnos el cuidado y cultivo de una parte tan escogida de su grey, ¿nos dejará solos y abandonados á nuestras propias, escasas y bien miserables fuerzas? ¿No se cumplirá en nosotros la divina palabra con que, dirigiéndose á los pastores de su pueblo, les ha dicho: Yo os elegí á vosotros, y os he puesto para que *vayais y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto?* ¿Seríamos tan desgraciados que al pesar sobre nuestros hombros tan tremenda cuanto delicada carga, fuera esto para nuestra ruina y ruina de vuestras almas? No, no lo esperamos así de su caridad, porque si dóciles hemos escuchado su voz, nos ayudará, no lo dudéis, con todos aquellos auxilios de su divina gracia que sean necesarios para el cumplimiento de tan sagrados deberes, toda vez que vamos á trabajar, y trabajaremos por la gloria y honor de su divino nombre. Y ya lo experimentamos así; ya sentimos en nosotros algo desconocido que nos dice que somos otro hombre; algo que nos indica una transformación, desde el momento en que, colocados bajo el amparo siempre fuerte de la Santísima Virgen, y puestos á los pies del venerable Pontífice que con tanto acierto dirige los destinos de esta Iglesia, fueron ungidas nues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tra cabeza y nuestras manos, y en nombre de Dios recibimos el cayado del pastor. Ya nos sentimos con fuerzas para emprender la lucha y trabajar con ahinco en todo aquello que pueda venir en bien de vuestras almas, y ya, por último, sentimos que el Señor está con nosotros, y que su misericordia, como lo esperamos, nos seguirá hasta el fin.

Deciamos, venerables hermanos y amados hijos nuestros, que desde el momento de nuestra consagración sentimos algo nuevo que transformaba nuestro ser, y en verdad—lo decimos para gloria de Dios y nuestra propia confusión—que si al recibir la noticia en que se nos aseguraba estar formalmente confirmada nuestra elección para tan importante cargo, temblamos, y nuestro corazón se llenó de amargura hasta la cobardía; hoy que hemos puesto el cuello á la coyunda, que ya no nos pertenecemos en ningún sentido, y sí sólo á la Esposa querida que nos entrega el Supremo Pastor de las almas, como lo esperamos, para velar por su honor y por su integridad, dejamos de ser pusilámines; la cobardía ha huído de nuestro corazón, y resueltos estamos á sacrificarlo todo, y sufrirlo todo, predicando á Nuestro Señor Jesucristo para gloria de su Eterno Padre y bien de las ovejas que nos están encomendadas; y en esos consuelos, y en esa resolución que realmente sentimos, muy ajenos á nuestra propia miseria, vemos cumplida la palabra de Nuestro Señor Jesucristo que nos dice por el Apóstol: *Y las cosas viles y despreciables del mundo escogió Dios para confundir las fuertes.*—Ad. Cor. I, 27. —¡Cuán grande es Dios en todas sus obras, y cómo reverentes y abatidos hasta el polvo debemos acatarlas!

No se nos oculta, ciertamente, cuántos sean los escollos y cuántas las dificultades con que habremos de tropezar en nuestro camino, si se tiene en cuenta que de muchos años á esta parte, y por un especial castigo de Dios Nuestro Señor, que bien merecemos, la Iglesia en nuestra querida patria, viene librando la gran batalla á que la han provocado gratuitos enemigos; pero enemigos arteros que so pretexto de civilización y progreso, trabajan sin cesar por destruir, si posible fuera, aquellos preciosos vínculos que ligan con atadura de hierro á los pueblos para con el Supremo Hacedor, privándolos así del más grande bien que tienen en posesión, cual es el de la religión Católica, Apostólica, Romana que profesan con ahinco y profesaron sus padres; fuente única de las más dulces y deliciosas esperanzas de una sociedad que se agita, sin sucumbir, en el oleaje impuro de todos los errores, de todos los crímenes y de todas las asechanzas. ¿Y quién no conoce á ciencia cierta, azotado por la tempestad, el origen de esas convulsiones sociales, que así parecen sacar de quicio á todo un pueblo, que por más de tres siglos ha vivido lleno de gloria y llevado triunfante en nuestra querida patria el estandarte de la Cruz? Pero si la tempestad truena; si el humo del combate oscurece nuestros campos; si los errores antiguos y ya bien pulverizados, se nos presentan ahora con tanto aplomo como productos natos de una civilización moderna, esforzándose á cada paso por ocupar el puesto de la verdad; y en estas circunstancias somos llamados por Dios para el gobierno y salvación de nuestras almas, no retrocederemos, no, en medio del peligro; estaremos á vuestro lado gozando ó suspirando juntos; pero siempre confiados en que el Piloto Supremo que dirige la nave, extenderá á su tiempo la potente mano

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sobre el agitado mar, y calmará la tormenta; gracia que alcanzaremos, no vaciléis, por medio de la oración.

La oración: he aquí nuestra arma poderosa, arma que esgrimiremos contra los enemigos que nos azotan, porque ella sola será bastante á los verdaderos cristianos para alcanzar de Dios la serenidad y la calma, obteniendo, ante todo, el perdón de los pecados que nos han hecho indignos hasta aquí, de sus grandes misericordias. Y no lo olvidéis: *todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre,* dice Jesucristo por el Evangelista San Marcos, *lo hará para que sea el Padre glorificado en el Hijo.* Confianza y siempre confianza, seguros como debemos estarlo de que: *Non est alia natio tam grandis quae habeat Deos appropinquantes sibi, sicut Deus noster adest cunctis obsecrationibus nostris.*—DEUT. IV, 7. XI, 27. Y si volviendo sobre nuestros pasos corregimos aquella extraviada conducta, y sin vacilar seguimos por el recto sendero que se nos ha trazado, ¿quién podrá dudar del triunfo? El nos pertenece por entero, y lo tenemos en la mano, si logramos contener la omnipotente diestra del Señor que en su justicia nos hiere y nos oprime. La tempestad arrecia, es verdad; los enemigos de la Iglesia ponen en juego todos los medios que están á su alcance para destruirla, y no parece, al aprestar sus arreos, sino que se libra ya el último combate; y así es la verdad, como lo indica la actitud desesperante que aquellos han tomado, y muy en breve, Dios lo quiera, los veremos confundidos, para su propio bien, bajo los escombros del débil edificio que se prepararon. La causa pertenece á Dios, suya es la bandera que flotará en la batalla, y pronto veréis que no fácilmente cederá á los enemigos de su nombre, el honor de la victoria.

¿Lo recordáis? Cumplida en la tierra la misión sublime de Nuestro Señor Jesucristo, se presentó oficialmente allá en Jerusalém, el primer Pontífice que debiera continuarla como su Vicario y legítimo representante. Nacía la Iglesia, y desde luego se hicieron ostensibles sus primeros frutos ante aquel pueblo deicida, poniendo en alarma al potentado cuya tiranía se hacía sentir entre todos los que estaban sujetos á su jurisdicción. La sangre del Cordero regeneraba al mundo, y el infierno no podía ver con indiferencia un resultado semejante terminado apenas el sacrificio del Calvario, y se propuso poner fin á la obra allí donde tenía su principio; justificándose con esto que la Iglesia que se fundaba para salvar á la humanidad y ser la depositaria de la verdad eterna hasta la consumación de los siglos, tendría en su dilatada carrera el carácter de militante. Y no hay de qué alarmarnos; porque si tuvo su principio en la persecución, nadie extrañará que esa persecución la siga en todos tiempos: esa persecución es su vida; ella es la savia que la fecunda, y ella la que á todas horas, muy á pesar de sus émulos gratuitos, hace que se les presente triunfante, grande y majestuosa, si bien ceñida siempre su frente con la inmortal corona del martirio. Las cadenas de un tirano quisieron ahogar la voz de la verdad en oscuro calabozo, y si la Iglesia hubiera de atenerse á sólo los elementos humanos, nadie pondría en duda, como dice un escritor contemporáneo, "que aprisionado el primer jefe de la misma y condenado á muerte, todo hubiera concluido, y la tumba en que cayera la idea salvadora de regeneración social, se habría cerrado para siempre." ¡Pero nada de ello acaeció! La causa, como dijimos antes, no pertenece á los hombres,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cautiverio, no se le escasearon los ultrajes; víctima fué del engaño y la violencia; pero sin saberlo, y como sin quererlo, y sólo obedeciendo á los altos juicios de Aquél *que es Rey de los reyes y Señor de los que dominan; que exalta á los humildes y abate á los soberbios*, fué aquel emperador á manchar su corona á la inolvidable Moscow, y á tirarla con el cetro en las playas del Beresina; y el Papa volvió á Roma. . . . . y el Papa contempló desde allá al humilde prisionero de la Isla de Santa Elena. ¡Juicios de Dios! ¿Y qué diriamos de otro emperador que faltando á solemnes compromisos, retiró las fuerzas que custodiaban á Roma para entregarla atada en manos del enemigo? . . . . Que los campos de Sedán respondan por nosotros.

No hacemos política, como se dice en estos tiempos; y líbrenos Dios de ingerirnos en aquello que no corresponda á nuestro carácter de Pastor del rebaño que se nos encomienda. Daremos á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Nos hemos referido á la historia, y de los hechos que nos suministra, deducimos ciertas consecuencias, y de éstas nuestras esperanzas, y nada más.

Nada tememos ni estamos alarmados por el porvenir de la Iglesia: nuestro corazón se oprime, es verdad, en fuerza del dolor, y tiemblan y se agitan sus más delicadas fibras, al considerar que en la misma proporción que los males aumentan, sintiéndose cada día más y más lo rudo del ataque contra todo aquello que pertenece á Dios; en esa misma proporción crecen y se desarrollan entre los hombres los odios más crueles, que dividiendo las familias, y por consiguiente la sociedad, todo lo trastornan; y la paz, el más grande beneficio que podemos

recibir del cielo, casi no se hace sentir ya ni en el hogar doméstico. ¿Y de dónde semejantes males, sino de que nos hemos acostumbrado los hombres á estimarlos como obra de los hombres? No, venerables hermanos y amados hijos nuestros: lo hemos indicado en otra parte, los males que sufrimos, nos vienen de la permisión de Dios que así quiere castigarnos en sus grandes misericordias, para que abrumados con su peso, bien merecido por nuestras iniquidades, nos veamos obligados al ver que naufraga nuestra nave, á dirigirnos al Piloto Supremo, para decirle lo que allá en el mar de Galilea le dijeron sus discípulos en medio de la tempestad: sálvanos, Señor, que perecemos. ¿Acaso el paciente Job, por más que se considerara oprimido del demonio, pudo estimar sus sufrimientos como la obra del mismo enemigo? El Señor me lo dió, decía, el Señor me lo quitó; *Dominus abstulit;* reconoció la mano del Señor, y por su humillación recibió el premio merecido. Busquemos, pues, á su Divina Majestad por medio de nuestras oraciones; hagámosle santa violencia, y dejémonos de fijar la atención en todos aquellos á quienes ha tomado y toma por instrumento de sus justas y paternales venganzas, si no es para compadecerlos y amarlos en Jesucristo, que así lo quiere y así lo manda á los que queramos seguirle por el camino que nos ha trazado: *amad á vuestros enemigos*, dice, *haced bien á aquellos que os aborrecen y os persiguen. Este es mi mandamiento, que os améis los unos á los otros, como yo os amo á vosotros;* y este precepto que nos es tan conocido y no podemos declinar, nos atraerá, llevado á la práctica, todas las bendiciones del cielo. Pero la oración no consiste sencillamente en pedir, sino en pedir con fe y con un corazón recto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que pueda elevarnos hasta Aquél á quien nos dirigimos; y esa rectitud de nuestro corazón sólo procederá, cuando nuestras obras estén ajustadas á la ley del Señor por el cumplimiento de sus divinos preceptos. Sed, pues, dóciles á esa misma ley; seguid siempre y sin intermisión por el camino de la virtud; huid á todas horas de las asechanzas con que el error pretende sorprender vuestros entendimientos y la concupiscencia vuestra voluntad: Estad sobre aviso, os diremos con el Apóstol, cuidad que nadie os seduzca por medio de una filosofía falsa y falaz, conforme á las máximas del mundo, y no á la doctrina de Jesucristo. . . . . Se os han dado pastores para que no seais ya niños fluctuantes, ni os dejéis llevar de todo viento de doctrina, por la malignidad de los hombres, que engañan con astucia para introducir el error. El demonio está siempre vigilante, y siempre ofreciendo á los hombres por este ó por aquel medio las riquezas, el honor y los placeres, repitiéndoles lo que decía á Nuestro Señor Jesucristo: *Hæc omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me.* Y si el demonio está alerta, justo es que nosotros lo estemos para oponernos á sus terribles y bien frecuentes ataques; y cuando con una conciencia verdaderamente tranquila podamos dirigir á Dios nuestras humildes plegarias, estad seguros de que por más que nos parezca dilatada la hora de la reconciliación, ella llegará, porque Jesuscristo no duerme en la nave, como lo creyeron los Apóstoles; *Él se levantará y mandará á los vientos y á los mares*, y los mares y los vientos escucharán su augusta y potente voz.

En lo dicho hasta aquí, que ya parece importar una verdadera digresión, no nos hemos propuesto más que

presentaros, á ligeras pinceladas, los motivos de credibilidad en que apoyamos nuestra confianza, para esperar de Dios Nuestro Señor, grande siempre en sus misericordias, se digne aceptar y bendecir las humildes tareas que vamos á emprender al tirar de nuevo nuestras redes, y que tenderán todas, como lo deseamos, á la gloria de su nombre y santificación de vuestras almas; no sin haber llamado también vuestra atención sobre la necesidad que tenemos de orar, y orar *sine intermissione.* Pero esto no quiere decir que cuando el enemigo pone en juego sus maquinaciones, para acabar con todo lo que pertenece á Dios y relegarlo hasta el olvido, si dado le fuera, debamos permanecer inactivos, orando y exclusivamente orando; sino que al confesar á Jesucristo, trabajemos también en la defensa de la verdad, oponiendo á nuestros enemigos un muro de bronce en que se estrellen y nulifiquen todos sus ataques. ¿Los recibimos de la prensa impía? Nadie puede negarnos nuestro derecho ni acusarnos de abuso y ligereza, si nos valemos de la misma prensa, con juicio y moderación, para poner en claro la injusticia de su causa. Nadie dirá que los católicos, por el sólo hecho de serlo, estamos obligados nada más á escuchar, constante é impasiblemente, los rudos ataques que, por la blasfemia y cuantos medios tienen á la mano los enemigos, dirigen sin cesar á nuestras creencias. ¿Se trata de corromper á la niñez y á la juventud? ¡Oh padres de familia que nos escuchais! Velad en fuerza de vuestros derechos naturales y civiles, y nada omitais que tienda á conservar en el corazón de ese fruto querido de vuestra unión conyugal, el germen de la virtud y el temor santo que los hijos deben tener á Dios Nuestro Señor para no separarse ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un ápice del cumplimiento de sus divinos preceptos. Estad alerta: no olvidéis jamás que son muchos los resortes que se ponen en juego, constantemente, para la perdición de vuestros hijos; esta es la tarea, este el punto capital de los enemigos de Dios, para llegar á aquel que se proponen; y os rogamos, por la sangre preciosa de Nuestro Señor Jesucristo y por el natural amor que debéis profesar á vuestros hijos, no veais el negocio con indiferencia: ellos son inexpertos, y fácilmente podrán dejarse llevar de la astucia de los enemigos. Nada haréis de más en tan importante materia, que no venga á redundar después en bien de vuestra propia tranquilidad: vuestros hijos son una parte de vuestro corazón, si no está todo en ellos; sois los responsables inmediatos ante los ojos de Dios de ese depósito sagrado que ha puesto en vuestras manos, y día llegará, tal vez no muy lejano, en que tengais que darle bien minuciosa cuenta de tan importante y delicada administración. Decid siempre á vuestros hijos, lo que Tobías á los suyos: Oid, hijos mios, á vuestro padre: servid al Señor en verdad, é indagad para hacer lo que le es agradable; y encargad á vuestros hijos que hagan obras de justicia y limosnas, que tengan á Dios presente y le bendigan en todo tiempo con verdad y con toda su fuerza.—Tob. Cap. XIV, V, X, XI.—*Enseña á tu hijo*, dice el Espíritu Santo, *y te recreará y causará delicias á tu alma.* Prov. XXIX, v. 17.

¿Tiende el ataque á corromper el hogar doméstico, ultrajando la santidad del matrimonio? Velad todos vosotros los que por experiencia propia sabéis lo que vale ese vínculo sagrado, para conservarlo incólume, y haced que vuestros hijos lo respeten también, como á

fuente única de donde procede el bienestar de la sociedad, que formada de las pequeñas agrupaciones que llamamos familia, nunca tendrá más valor que el que ésta represente; y hé aquí por qué los enemigos de todo orden social, no se equivocan al trabajar con ahinco por destruir el fundamento que la sostiene. Sí, defendamos con energía nuestros derechos, siempre que en conciencia los consideremos vulnerados; pero que nuestra defensa sea pacífica, sin que volvamos ofensa por ofensa, y mucho menos faltemos al respeto que es debido á las autoridades constituidas, de las cuales no olvidemos jamás que nos gobiernan en nombre de Dios, y que en conciencia estamos obligados á obedecerlas, en todo aquello que no ataque la ley del Señor, ni á los sacrosantos derechos de la Iglesia por Él establecida.—En caso contrario, repetiremos siempre el *non licet, non possumus;* más lo repetiremos con la respetuosa libertad y santa abnegación que usaron los cristianos. En una palabra, que nuestra defensa, cuando sea necesaria, esté apoyada en la justicia y el derecho; pero siempre enérgica y digna siempre, como debe serlo cuando se trata de la conservación de derechos sagrados é imprescriptibles. Defendemos la causa de Dios, y por consiguiente trabajamos en la defensa de los derechos y del bienestar de la sociedad, que no existiría si Aquél, en su misericordia, no la sostuviera con su fuerza.

¿Y quién puede poner en duda que en las tristes y bien difíciles circunstancias por que atravesamos, se ha llegado el caso de no permanecer indiferentes, al tratarse de la conservación ó ruina de una sociedad trabajada, más allá de lo que pudiera pensarse, en fuerza de las malas doctrinas que han venido inoculándose en su se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ni se sostiene con tan pobres arbitrios: Dios estaba con su siervo, y lo puso á salvo, escuchando la plegaria de los primeros creyentes, *que hacían sin intermisión oración á Dios por él.* Act. XII, 5; y Pedro, venerables hermanos y amados hijos nuestros, fué puesto en libertad, como lo sabéis, por ministerio de un ángel; y aquellas cadenas que lo sujetaban, y aquellos soldados que le servían de guardia, nada pudieron contra la voluntad del Señor. Mas no echéis en olvido que tan espléndido triunfo del cielo contra el infierno, no se obtuvo sino por medio de la oración, y ésta *sine intermissione.*

¿Y qué otra cosa ha sucedido en las bien frecuentes tempestades que en el transcurso de tantos años han venido desatándose contra la Iglesia de Dios? ¿Qué alcanzaron los tiranos de la antigua Roma, sacrificando á los Pontífices que en los primeros siglos establecieron allí su Sede? ¿Qué, sino prepararles con la sangre el solio que ellos tuvieron que abandonar, pasando á la posteridad únicamente el triste recuerdo de sus efímeros cuanto criminales triunfos? ¿Qué consiguieron en la Roma moderna los Garibaldi, los Mazzini y los Cavour, al promover la más inicua de las revoluciones que, entre otras, hemos presenciado en el presente siglo? La Casa de Saboya ostenta, es verdad, sus triunfos en la Roma de los Papas; pero si por más de cuatro lustros ha podido sostenerse allí, y pasarán otros tantos y aun más, si Dios así lo permite, será siempre sin que el mundo civilizado llegue á sancionar, ni tener por legítima, la autoridad de aquel que por fuerza de las bayonetas, pero sin legítimo derecho, que nunca da la usurpación, ha fijado su trono en el Quirinal; y esa falta de legitimidad se ocupan en demostrarla á todas horas los mismos que

interesados debieran estar en el aseguramiento de los dominios que han podido conquistar. Verdad es que trabajan sin descanso por lograrlo así, y bien desearan que el mundo viese en sus frecuentes maquinaciones contra el prisionero augusto del Vaticano, el ejercicio de derechos legítimos, y obtener en su favor la sanción que en vano pretenden. ¡Trabajos estériles! Esas agitaciones convulsivas indican, á toda hora, que los conquistadores están fuera de su lugar, que no se tienen firmes; y día llegará, no lo dudemos, en que la capital del mundo católico y los dominios que le pertenecen, se vean libres por la voluntad de Dios, de todo elemento espurio; y dada la situación á que la Italia ha llegado en fuerza de los últimos acontecimientos, derecho tenemos para augurarnos que pronto pasará todo, como pasan las obras de los hombres, para quedar sólo en pie y con la firmeza que le corresponde, la obra de Dios. Lo estamos viendo: habla Pedro en el Vaticano, y se estremece el Quirinal; los grandes hombres de esa revolución se agitan sin cesar, y bien quisieran en sus perversos designios ahogar para siempre, si dado fuera, la potente voz del que sin temores, atado pero lleno de energía, habla constantemente al mundo para protestar contra la usurpación de sus derechos, derechos incuestionables de que jamás podrá gloriarse ninguna dinastía.

Y aquella hora sonará como han sonado otras. ¿Qué fué, decidnos, del grande emperador que en la infancia del presente siglo hizo estremecer al mundo con la fuerza de sus armas? ¿Qué, desde el momento en que embriagado por su triunfo de Austerlitz, dirigió mirada de fuego sobre la santa residencia de los Papas? La invadió, es verdad; el inmortal Pio VII fué arrastrado al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no? ¿De quién puede ser desconocido que los derechos más sagrados de un pueblo eminentemente católico, en su mayoría absoluta, se conculcan á todas horas por hombres sin conciencia, que á fuer de progresistas y amigos de la verdad, no tienen empacho en subvertirlo todo, llamando luz á las tinieblas, libertad á la tiranía, moralidad al vicio, progreso á la disolución, fraternidad al odio y á la venganza, libertad de creencias á la persecución de los que no tienen la suya, libertad de enseñanza al monopolio de ésta, etc. etc.; males todos que precipitando la sociedad á un abismo sin fondo, tienen su origen necesario en el desprecio de Dios, en la negación absoluta de lo sobrenatural, y esto por una consecuencia de las nefandas doctrinas del racionalismo y positivismo que forman la síntesis de todos los errores? El hombre por ellas quiere romper de un golpe la hermosa atadura que lo sujeta al Hacedor Supremo; quiere vivir sin Dios, sin religión, para que nada estorbe sus perversos instintos, ni tenga que escuchar el grito de una conciencia que le remuerda y lo acuse: quiere que la nave de la sociedad bogue sin piloto y á merced de las olas que la agitan, sin comprender ¡insensato! que entregada al oleaje impuro de todas las pasiones y de los errores todos, día llegará, lo que Dios no permita, en que tocada por su vengadora mano sea bien seguro el naufragio, como lo dice por medio del Profeta: *Si quisiereis y me oyereis, comeréis los bienes de la tierra: mas si no quisiereis y me provocareis á enojo, la espada os devorará.*—Isa. I, 13.—Sí, la justicia de Dios vendrá sobre el pueblo que lo ultraja y lo desconoce: su espada vengadora lo borrará del libro de la vida; la paz replegará sus alas para dar lugar á los odios y á las ven-

ganzas; faltará la unión, y con la unión la fuerza, y es palabra de Dios, que pueblo dividido será siempre vencido.

Vamos á concluir, venerables hermanos y amados hijos nuestros. El corazón se oprime y la inteligencia se ofusca al simple hecho de recordar todos los males que pesan sobre nuestra bien querida cuanto desgraciada patria; males que aumentan cada día, como antes hemos dicho, en la misma proporción que los pueblos se separan de la ley que el Señor les ha trazado; y que por más que digamos que lo reconocemos y le estamos sujetos, nada será cierto, mientras nuestras obras dejen de ajustarse á sus divinos preceptos: *El que tiene mis mandamientos y los guarda,* nos ha dicho, *aquel es el que me ama.*—Joan. XIV, 21. Sí, vamos á concluir; porque en esta nuestra primera Carta no nos hemos propuesto dar una instrucción pastoral, sino poner en vuestro conocimiento el hecho consumado de nuestra consagración; saludaros cordialmente, como que somos ya, por la misericordia de Dios Nuestro Señor, vuestro Padre y legítimo Pastor; así como llamar vuestra atención sobre los motivos de credibilidad en que nos apoyamos para prometernos hacer algo en favor de vuestras almas. Estad seguros de nuestra voluntad y del amor con que os hemos recibido desde el momento mismo en que aceptamos la carga que se nos impone; y con esa voluntad, y con ese amor, emprenderemos nuestras tareas, y bien podemos decir al Señor que nos alienta y conforta: Señor, he escuchado tu voz; sígueme con tus misericordias, *et in nomine tuo laxabo rete.*

Y á vosotros, venerables sacerdotes, que con tanto celo y constancia habéis defendido hasta aquí la causa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pontífice á su clero, allá en 1866, cuando sólo lo conocía el mundo por el Emmo. Cardenal Arzobispo de Perusa, viéndose oprimido por los Mazzini y los Garibaldi, á quienes envalentonaba la libertad que les dejó Napoleón III al retirar sus tropas de Roma, como resultado de la inicua convención llamada de Septiembre. "Cualesquiera, decía el Emmo. Cardenal Pecci, que sean las dificultades y peligros que obstruyan nuestro camino, un verdadero y fervoroso sacerdote no debe retroceder de lo comenzado, ni dejar de llenar sus deberes, ni pararse en el cumplimiento de su misión espiritual para el bienestar y salvación de la familia humana, á fin de perpetuar en la tierra la Santa Religión de la cual es ministro.—En los trabajos y en la tribulación es donde crece y se prueba la virtud del sacerdote, brillando la bendita misión de su ministerio con más viveza y resplandor en medio de las revoluciones y transformaciones de la Sociedad. Los trastornos políticos á que se ve sometida Italia, suceden por permisión de Aquél que es el Pontífice eterno y Supremo Gobernador del mundo. En Él ha de buscar el sacerdote luz y ayuda en la oscuridad que envuelve la tierra. A esta divina luz debe el ministro de Dios meditar sobre sus imperfecciones propias y fomentar el espíritu de humildad y verdadera compunción..... En todas las cosas muéstrate como ejemplar de obras buenas, en la doctrina, en la integridad, en la gravedad y en la predicación de aquella palabra que no puede ser confundida.... Una vida ejemplar y laboriosa, una vida animada por el espíritu de caridad y guiada por los dictámenes de la prudencia evangélica; una vida de sacrificio y de trabajo, empleada en hacer bien á los demás, consumida en medio del mundo para miras no terrenas

ni transitorias, y acompañada de aquel lenguaje franco, noble y eficaz que confunde toda contradicción humana, desvanece el odio del mundo y gana el respeto y la estimación ante nuestros adversarios. Semejante vida ha de ser siempre deber sagrado en el que se dedica al Santuario, á fin de hacerse espejo vivo y visible de buena conducta; pero es sumamente necesaria é imprescindible cuando los trastornos políticos y sociales colocan al ministro de Dios en una posición difícil y peligrosa, donde puede encontrar á cada momento lazos y precipicios.... En nuestros días es deber estrictísimo del sacerdote defender la doctrina que es atacada, la moralidad que es pervertida y la justicia que es ignorada. Debe ser como muro de bronce contra el error que todo lo inunda, y contra la herejía que se derrama como pestilencia..... La conducta moral del sacerdote es el espejo en que se mira el pueblo para ver en él el modelo de su propia conducta. Cualquiera sombra, cualquiera mancha que haya en este espejo, es patente á los ojos de todos, y basta para hacerles perder la estima en que debieran tener al ministro de Dios. Es imposible que un sacerdote, cuya conducta se presta á la reprensión ó á la sospecha, que tiene fama de interesado, de dado á los pasatiempos y de vida poco arreglada, despida de sí aquella fragancia de virtud y pureza moral, aquel suave olor de Cristo que da testimonio de su santidad, de sus obras y de la bondad de su doctrina, y que granjea la estimación de los que se salvan, como de los que se condenan..... He aquí el camino que debiera seguir el clero en nuestros días. Este camino le conducirá con toda seguridad á la adquisición de los dos grandes medios que nuestro divino Maestro declara indispensables á nuestro sagra-

003826

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do ministerio; santidad y doctrina. Dé, pues, el sacerdote, ejemplo de vida pura y santa, y predique á todos la verdad. Así será la luz y la sal de la tierra, y no habrá dificultades en el mundo que le impidan cumplir con su divino ministerio."—(O'Reilly.—*Vida de Leon XIII.)*

Ya lo veis, venerables sacerdotes, nada tenemos de nuevo. El Emmo. Cardenal Arzobispo de Perusa habló así á su clero al conjurar la tempestad que se desataba sobre los Estados pontificios; y si entramos en aplicaciones, encontraremos, desde luego, que ninguna diferencia existe entre lo que pasaba en aquellos tiempos, y lo que después de veinticuatro años pasa en nuestra muy querida patria. Y nada nuevo, repetimos, y nada encontramos de extraño, si se tiene en cuenta que los principios proclamados en aquella revolución han sido y son el arsenal fecundo de donde nuestros hombres reciben la mercancía; pero fijaos muy atentamente en todo lo que vale la admonición que acabamos de copiar, y que podéis tener como un pequeño código de sublimes enseñanzas. Que seamos santos, prudentes y entregados al servicio de Dios Nuestro Señor en el cumplimiento de nuestro ministerio: *que nuestra modestia, como dice el Apostol, esté á la vista de todos los hombres*, y que en todo nos presentemos, ante todos, como ministros de Dios, *ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum;* y que nuestras obras den siempre testimonio, aun á nuestros adversarios, de que somos en la tierra los ministros de Nuestro Señor Jesucristo para continuar su misión divina, salvar al hombre y levantar á la sociedad de la casi segura ruina á que se precipita por el pecado. Sí, venerables sacerdotes; necesario es que

nuestras obras sean siempre la prueba más elocuente de la doctrina que predicamos, demostrando de esta manera á los pueblos, que no somos mercenarios, que lo sacrificamos todo por su bien, y que no obstante los peligros á que pudiéramos vernos expuestos por razón de nuestro ministerio, no nos ponemos en fuga al mirar al lobo rapaz que pretende arrebatarnos las ovejas. Trabajemos, pero trabajemos con prudencia; negocios que á primera vista pudieran parecernos graves y altamente complicados, tal vez no lo serían si los tratamos con finura y moderación, sin que por esto pueda comprometerse nuestra conciencia. Mas si por el cumplimiento de los deberes á que somos llamados viniesen sobre nosotros el odio y la persecución, no olvidéis nunca que odiado y perseguido fué primero Aquél que en su misericordia se dignó escogernos para cultivadores de su viña. Consagrada está esa nuestra Diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, y si trabajamos por avivar y crecer entre los pueblos ese fuego sacratísimo, así como el amor y devoción á la Santísima Virgen María en su admirable advocación de Guadalupe, Patrona de todos los mexicanos, y que como centinela extiende desde el Tepeyac sus purísimos ojos sobre aquellos á quienes ha escogido entre todas las naciones y cubre con su soberano manto, nada tendremos que temer, colocados al abrigo de puerto seguro que nos pondrá á salvo enmedio de la tormenta.

De lo íntimo de nuestro corazón damos á vosotros, venerables sacerdotes, y á los fieles todos de la Diócesis, nuestra primera bendición pastoral.

Mandamos que esta nuestra Carta sea leída *inter missarum solemnia*, el primer domingo despues de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recibo, en nuestra Santa Iglesia Catedral, en todas las parroquiales, vicarías fijas y capellanías de hacienda.

Dada en la Ciudad de Zacatecas, el quince de Agosto, día de nuestra consagración episcopal, festividad de la gloriosa Asunción de la Santísima Virgen, y año del Señor de mil ochocientos noventa y uno.

† José María

Obispo de Tulancingo.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UAN
DAD AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE

del Señor, apacentando las ovejas que á cada uno os ha entregado, sin temor á los peligros y fatigas: á vosotros que de aquí en adelante seréis ya nuestros cooperadores, y con quienes unidos trabajaremos por el bien espiritual y aun temporal de los pueblos, para ponerlos á salvo de los ataques y asechanzas del demonio, ¿qué puedo deciros? Que no desmayéis en las fatigas; firmes, y siempre en atalaya, permanezcamos en nuestros puestos como soldados de Dios. *Dei sumus adjutores.* Nada temáis, os diré con Jesucristo: vivimos en verdad en una época de prueba, que por más de tres siglos fué desconocida para la Iglesia mexicana. Tenemos enemigos que trabajan sin cesar para corromperlo todo; nos odian, nos calumnian y nos insultan á cada paso; y como si nada más les llamara la atención, si como en nada más debieran ocuparse, cuando constantemente atruenan nuestros oídos hablándonos de amor á la patria, salvación de la patria, progreso y libertad de la patria, negocios todos á que bien pudieran consagrarse, sus tiros se dirigen contra nosotros, y nada más que contra nosotros, como si fuéramos de aquella, crueles y encarnizados enemigos. ¿Y todo por qué? Porque predicamos á Jesucristo; porque predicamos el amor á Dios y el amor al prójimo; porque trabajamos por la paz en la conservación de las buenas costumbres; porque enseñamos á los pueblos que teman á Dios, y respeten á las autoridades constituidas por Él mismo; y, en una palabra, porque atacamos el error y no nos dejamos llevar de doctrinas corruptoras que nos conduzcan, juntamente con los pueblos, al libertinaje y al desórden. Se nos acusa de intolerantes, como de intolerante se acusa á la Iglesia que nos abriga bajo su poderoso manto; y en verdad que esa

acusación debéis aceptarla de la mejor voluntad, como la aceptamos nosotros. Sí, somos intolerantes, como intolerante es la Iglesia á que pertenecemos; porque somos intolerantes con el error y la mentira; porque con la Iglesia somos los poseedores de la verdad, y nunca permitiremos, Dios lo quiera, que el error se ponga en su lugar, que confundamos la luz con las tinieblas y la virtud con el vicio. ¿Y qué tiene de particular una tal intolerancia? ¿Por qué se alarman con ella nuestros enemigos? ¿No son ellos los más intolerantes, cuando nos atacan en nombre de la libertad de conciencia que tanto nos ofrecen? Sí, lo repetimos; aceptamos de buen grado la acusación de intolerancia; pero si por esta palabra se quiere entender venganza, odio y persecución, protestamos solemnemente desde luego. Atacamos los errores; pero amamos y compadecemos á los que yerran; oramos por ellos constantemente, con la firme confianza en que Dios Nuestro Señor puede mudar los corazones cuando sea de su divino agrado.

Nolite timere, os repetiré: esas acusaciones nada tienen de nuevo, como lo sabéis: el mundo ha sido siempre el mismo, y el mundo nos persigue porque no le pertenecemos. No ha mucho habéis escuchado la voz de alarma proferida por el egregio Pontífice, que para gloria de Dios, gloria y honor del mundo católico, dirige actualmente los destinos de la Iglesia, presentando á los pueblos de Italia, y en ellos á todos los católicos, los grandes peligros que amenazan á la misma Iglesia, por las nefandas y corruptoras doctrinas que se desarrollan en el presente siglo; y muy á propósito nos parece, al llegar aquí, transcribiros literalmente para vuestro consuelo, lo que en identidad de circunstancias decía el mismo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS